

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con bastante retraso, como suelen llegar aquí las modas literarias, ha llegado la de las novelas de Conan Doyle, á favor de las aventuras del archifamoso polizonte de afición Sherlock Holmes, llevadas á la escena en un teatro de Madrid, y que han proporcionado llenos hasta los topes á la empresa, diversión sin fin á los chiquillos, esparcimiento honesto á la gente formal y, en suma, un triunfo al género romancesco-policíaco.

leyendo la voluminosa epopeya de Sherlock Holmes, sus aventuras, odiseas, resurrecciones, hazañas y nuevas hazañas—seis tomos, de apretada lectura,—he tenido ocasión una vez más de desdenar los éxitos de dinero en literatura, por la misma razón que desdeñaba el dinero aquel filósofo: al ver á quien se lo concede Dios.

En efecto, la «emocionante», «espeluznante» y «abracadabrante» obra del autor inglés, me ha causado la impresión de una cosa muy lánguida, desarrollada con procedimientos de monotonía infantil. Eran infinitamente más variadas y amenas y hasta casi más verosímiles, dentro de la inverosimilitud, las creaciones de Julio Verne, el amigo de los muchachos, el narrador de los viajes á la luna y al centro de la tierra.

¿Por qué no decirlo? El bajo nivel actual del arte de contar en Inglaterra se revela palmariamente en estos relatos, que han valido á su autor ó á sus editores—no estoy bien enterada de tal detalle—millonadas, y que recorrerán el mundo con aureola de popularidad.

Siempre es Francia más artista, sabe graduar mejor el interés, enredar la fábula, entretejer sus hilos y bordar con las bellezas de la fantasía cualquier vulgar trama.

En las novelas de Conan Doyle, ó mejor dicho, en la serie de novelejas que forma la historia de Sherlock Holmes, no sé qué me sorprende más: si la radical incapacidad del autor para salir de una misma fórmula, invariable, ó la paciencia y *bonhomie* de unos lectores que escuchan por centésima vez sin protestar el cuento de la *buena pipa*, y cada vez lo encuentran más sorprendente y encantador.

Seguro de la flemma de su público, de que nunca se quejará de que le sirvan el mismo potaje de judías ó, para hablar más británicamente, igual *plumpudding*, el autor no se toma ni el trabajo de aparentar que busca esa diversidad, ¡sirena del mundo!, que es madre del goce y del recreo; al contrario, dijérase que habiendo observado cuánto gusto dió á los señores la anterior historia, se esmera en volver á narrarla, con sólo las ligeras variantes necesarias para cobrar por ella un buen puñado de chelines, mejor dicho, de libras.

Como fundamento han de tener las cosas, hasta aquellas que más ilógicas creemos, el éxito de Conan Doyle en los países anglo-sajones puede explicarse por varias causas. En primer lugar, la raza no es de ardiente imaginación, ni está tan gastada como nosotros los latinos, que pedimos á la ficción otro realce. En segundo, la raza tiene exigencias de moralidad—externas ó internas, no discutamos esto—que Conan Doyle respeta. No cabe lectura más adecuada para *girls* y *boys*. Allí ni por casualidad se desliza una frase, un pormenor escabroso. El terrible elemento pasional, tan frecuente en el crimen, ni asoma, ó asoma tan envuelto en pudibundez, que no hay mejor disfrazada máscara. Al lado de este idealismo que produce impresión de falsedad, muestra Conan Doyle un realismo que halaga los instintos de

sus compatriotas; realismo puramente epidérmico, local; transcripción de ciertos aspectos de la vida inglesa, con sello de britanismo; pero de un britanismo que está en la novela tan superficialmente como están en nuestras costumbres ciertos pormenores, prendidos con alfileres, adoptados por *snobismo*, y de los cuales á cada instante se prescinde, aunque se aparente conocerlos y practicarlos asiduamente, según compete á la gente de buen tono. En las novelas de Conan Doyle el fondo, los tipos, los personajes, las decoraciones, lugares, muebles, armas, (¡qué de armería!) son genuinos y castizos de Albión, y sin embargo, al acabar de leer, no ha penetrado en nosotros ni un átomo del sentido íntimo del alma inglesa. Creemos salir de un bazar de Vigo, de esos donde se expenden objetos ingleses auténticos, maletas, frascos de viaje, juguetes, conservas *strawberry*, sin que ni un momento los compradores se figuren que están en Inglaterra, ni que conocen eso que hay detrás de los objetos y los cachivaches procedentes de una nación.

Quizás por eso mismo ha soportado bien el pasaje del Canal de la Mancha la quincallería policíacocientífica de Conan Doyle, el frío folletín que sólo en la escena, donde *tutto è convenzionale*, adquiere un burdo interés palpitante y nervioso. Cuando se coge un tomo de *Aventuras* del maravilloso polizonte, se puede soltar sin impaciencia de llegar al fin: en este punto—y en todos—el autor inglés está muy por bajo de Alejandro Dumas padre, y el *Conde de Montecristo* inglés no se ha escrito aún. Si Conan Doyle fuese más inglés en lo profundo; si fuese un Rudyard Kipling, no sólo sería casi intraducible, sino que, aun traducido, obtendría poca popularidad en estas tierras. El britanismo de Conan Doyle, con toda su comparsería de *farmers*, de *lords*, de *police-men*, de marinos y de aparecidos australianos, está al alcance de cualquier vecino de Madrid, saco de garbanzos embozado en la pañosa, y si no fuese que aquí para ser leído ni vale parecer inglés, ahora que lo inglés priva, hartos duros españoles irían á sumarse á las bellas libras *sterling* que el afortunado autor de Sherlock Holmes ha visto afluir á su cofre de seguridad.

Ganan en el teatro estas obras sin arte ni relieve, construídas por geometría, justamente porque en el teatro no es posible diluir el asunto en un fárrago de novelitas todas iguales, como los alemanes de *La Diva*; porque el teatro obliga á condensar, y porque las palabras las pronuncian hombres y mujeres de carne y hueso. Cada acto tiene que superar en interés al anterior, y no hay medio de saltar hojas y averiguar así «en qué queda.» Los ojos auxilian para la ilusión, y la *mise en scène*, cada día más esmerada, contribuye también á que se diviertan los espectadores, aun habiendo pasado de los catorce años.

Sherlock Holmes, que dentro del simbolismo podría representar el genio del bien en lucha con el mal, es un honorable *gentleman* muy sabio, muy perito en química, que aplica sus conocimientos y una facultad asombrosa de deducción á descubrir el secreto de los crímenes misteriosos, desenmascarando al culpable y haciendo brillar la inocencia de los acusados injustamente. Una ojeada le basta á veces para poner en claro lo que los demás polizontes, inspectores y *detectives* encuentran más obscuro que boca de lobo. Como interviene directamente, se ve mil veces en lucha abierta con los criminales, pero tiene más fuerza que ellos en los puños, más ojo en la puntería, y por fas ó por nefas siempre lleva las de acertar y las de vencer. Si persiguiésemos las transformaciones del ideal humano al través de la literatura, no nos sería difícil descubrir en el polizonte heroico y semibrujo al caballero andante del siglo xv, el Lohengrin de la encantada espada, que endereza tuertos, castiga felones y triunfa siempre de cuantas insidias y asechanzas se atraviesan en su camino. Es la misma necesidad de la imaginación, de figurarse un hombre superior á las limitaciones y miserias de la humanidad, un hombre en que, encarnado el derecho y la justicia, lleva consigo la victoria en sus más arriesgadas empresas. Ayer fué el paladín armado de punta en blanco, hoy es el *police-man* científico. Pero el tipo responde á iguales necesidades de nuestra pobre alma.

Hasta tal punto es verdad que estos folletines policíacos son novelas de caballerías, que en el teatro la misión de Sherlock Holmes es salvar á una huérfana inocente y bella con la cual acaba por casarse, ni más ni menos que si fuese el caballero del Cisne ó Esplandián.

¿De qué medios se vale Sherlock Holmes para descubrir los crímenes más envueltos en velos misteriosos? Tampoco en esto veo gran novedad. Yo esperaba que al menos la novela nos enseñase á ejercitar sagazmente las facultades de observación que

posea cada hijo de vecino. No hallo esta enseñanza. Sherlock Holmes sólo observa lo material, y lo material cien veces observado. Nunca saca consecuencias del estudio de un espíritu, ó sea de la psicología. Los que conozcan la hermosa novela de Pablo Bourget titulada *Andrés Cornelis* comprenderán la diferencia entre ambos métodos. Redúcese generalmente Sherlock Holmes á fijarse en las huellas de los pies del criminal, en la impronta de sus pulgares, la ceniza de su cigarro, la forma de sus botas, con otras particularidades que de tiempo inmemorial sirven de guía á los polizontes activos y agudos. A veces sus famosas deducciones son acertadas... porque el novelista quiere que lo sean; pero pudieran asemejarse á las del médico del cuento, que viendo bajo la cama del enfermo briznas de paja del jergón, sacó en limpio que el enfermo había comido paja. Un hombre lleva gasa en el sombrero: Sherlock Holmes deduce que es viudo, sin pensar que puede vestir luto por su suegra. El mismo individuo portea un envoltorio de juguetes: Sherlock Holmes decide que el sujeto tiene hijos pequeños, como si no se regalasen juguetes á los sobrinos. En suma, la buena voluntad del autor entra por más de la mitad en los aciertos del célebre policía, cuyos servicios utilizan las primeras casas reinantes de Europa. Y claro es que sólo así cabe desembrollar las marañas de determinados crímenes que nunca se cometieron; crímenes inventados—cerebrales, ó mejor, geométricos y matemáticos—tan distintos de la realidad humana y tan parecidos á problemas de ajedrez.

Buena falta nos haría, con todo, Sherlock Holmes aquí para ver si descifraba el enigma de la muerte de Vicenta Verdier. Si ha existido un crimen que debió esclarecerse desde el primer momento, ha sido ese. Y sin embargo, fué el que ni se descubrió, ni lleva trazas de descubrirse, á pesar de la hábil información que están realizando ahora algunos noticieros, y de la cual resultan indicios que debieron no pasar inadvertidos para la justicia. No sería Sherlock Holmes, digámoslo en honor suyo, quien no atribuyese importancia al hallazgo de los gemelos y puños postizos del criminal, al cuchillo con que se cometió el crimen, á las cartas que la víctima guardaba en su armario, á la disposición de las ventanas por donde el criminal pudo huir y de aquellas otras por las cuales no era posible que huyese, y tantos y tantos indicios que saltarían á los ojos hasta de quien no fuese «del oficio.» Todos llevamos dentro algo de instinto policíaco; cuando leo en la prensa el relato de un crimen, experimento deseos de verlo todo, los sitios, los muebles, suponiendo que, de poder hacerlo así, averiguaría mucho y encontraría la pista del criminal verdadero. Ya sé que me equivocaría bien á menudo y que todo parece fácil desde afuera, mientras al poner mano en los asuntos empieza la ofuscación. Sin embargo, me ha engreído el haber dicho desde el primer momento, desde que los periódicos publicaron el relato del crimen cometido en el *impasse Ronsin*, que la autora era la misma esposa del pintor, aquella que gemía mimosamente en el lecho, simulando padecimientos que la librasen de interrogatorios. No conocía yo entonces los antecedentes de Margarita Steinheil, ni cuáles fuesen sus relaciones con su esposo y madre, ni nada que indujese á sospechar. Confieso que sospeché únicamente porque me extrañó que los apaches ó *cambríoleurs* que entraron en la casa fuesen tan crueles, no sólo con el pintor, sino con la vieja inofensiva, y en cambio tratasen dulce y amorosamente á la señora, sin más razón que ser guapa y parecerles joven. La vanidad femenil asomaba de tal modo en el relato de Margarita, que deduje sin ser Sherlock Holmes: «No es natural que unos bandidos, entre los cuales figura una mujer, traten bien á otra mujer porque es bonita. Lo natural es lo contrario: que cometan con ella mil desmanes, que la escarnezcan. Después de escarnezcarla, lo natural es que la maten, porque los *cambríoleurs*, cometido el primer asesinato, fatalmente cometen todos los necesarios para suprimir testigos. Luego esta mujer miente; luego, si miente, es que ha tenido parte en el crimen, sea como autora, sea como instigadora, sea como cómplice.» Y por eso, al leer que después de tantos meses se le ocurre al fin á la policía y á la justicia echarla el guante, me asombró de la falta de olfato que allí se padece también, y exclamo: «¡Acabáramos!»

Y en el asesinato de Vicenta Verdier tuve mi candidato desde el mismo día en que se cometió. ¿Cómo evitar que la imaginación vuele? Lo que pasa es que no se puede designar, que no se pueden lanzar hipótesis, porque la equivocación—siempre posible—sería de graves consecuencias. ¡Tente, espíritu de Sherlock, que nadie te mete en camisa de once varas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.